

## Fue al amanecer, cuando aún estaba oscuro

Fue al amanecer, cuando aún estaba oscuro.

*En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba, y no lo encontraba. «Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma». Lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los centinelas que hacen la ronda por la ciudad. —«¿Habéis visto al amor de mi alma?». (Cant 3,1-3)*

*María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro (Jn 20,1).* Una mujer en búsqueda de su amado en esa hora en que transitamos de la noche para el día. Esa hora, la madrugada, es una frontera inestable: amanece, pero todavía no es día. Así son también nuestras vidas: fronteras inestables.

Vivimos en un mundo tendencialmente plano, donde impera la evidencia, la visualización absoluta, la exposición, un mundo al que le gusta imaginarse sin arrugas, donde todo tiende a ser igual y despersonalizado, automatizado y estandarizado, a gran velocidad y en medio de mucho ruido, sin tiempo para la espera y para las lentas germinaciones, un mundo que huye de la diferencia, de la noche, del dolor, de la muerte y del misterio, un mundo extrañamente luminoso, donde nuestras noches -y las noches de tanta gente- apenas pueden tener lugar, quedando relegadas a la clandestinidad.

Un mundo así es un mundo inhóspito para la vida humana, porque esta está llena de contradicciones, de brechas e insuficiencias. El ser humano está siempre inacabado y, por eso, es búsqueda, es deseo, es pasión y es no-saber. La claridad absoluta, en el aquí y ahora, es una falsa luz, una luz sin noche. La vida humana es vulnerable, todos estamos a la intemperie, y lo estaremos más cuanto más queramos ocultar nuestra propia fragilidad.

Un mundo sin misterio, sin la dimensión de lo invisible, es un mundo inhóspito. El misterio no es absoluta claridad, es revelación, es desvelamiento. Lo que aún no se ve, lo nocturno, es fundamental para que el ser humano exista en su totalidad y para que esta tierra sea habitable. En el orden de la Creación, primero está la noche y después el día. Somos

seres pascuales. Si no abrazamos la noche, el día no nos abrazará, será inhóspito. Somos hijos de la noche más clara que el día, por eso somos hijos del día y de la luz. La resurrección es un misterio nocturno, escapa a la mirada inquisitiva, pero se ofrece a la mirada contemplativa. La fe es una luz nocturna.

La vida humana es travesía, es peregrinación, es Pascua, es apertura a lo inesperado. Asumir que estamos a la intemperie tiene el potencial de transformar lugares inhóspitos en espacios de encuentro. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10), como atestigua Pablo, es un eje absolutamente central en el cristianismo, que deriva de la Pascua de Jesús. La experiencia cristiana se teje a través de las tensiones entre vulnerabilidad y resiliencia, fragilidad y solidez, oscuridad y luz, muerte y vida, abriendo un espacio de inmersión en el Misterio de Dios y de la vida humana que oscila entre la fuerza y la delicadeza, la lucha y la paz, el compromiso y la quietud. El Evangelio nos invita a encontrar la fuerza en la vulnerabilidad. Y esta es la suprema libertad que solo la Pascua de Jesús puede ofrecernos, la que efectivamente nos humaniza, la que nos hermana con los demás seres humanos, y que nos permite acoger la vida con una mirada iluminada, aunque sea de noche.

Es Cristo vivo dentro de nosotros, el Crucificado-Resucitado, quien nos conduce a través de la oscuridad a una luz que solo puede ser hallada cuando amamos y atravesamos nuestras noches. La primavera nace siempre de las entrañas del invierno, en la naturaleza y en el corazón de cada uno de nosotros.

¡Feliz Pascua para todos!

<http://www.monasteriodesobrado.org/>